

romano de otros tiempos, para embellecerlo y renovarlo. Mientras se trataba de las construcciones todo iba bien. El Augusto moderno podía decir que recibió una ciudad de ladrillo y dejaba una ciudad de mármol. Pero en cuanto sonó la hora del pago y aparecieron las monstruosas cuentas, hubo en París murmuraciones generales, y en provincias general descontento. Un escritor también desconocido entonces, amigo de Gambetta y asistente continuo á unos almuerzos político-literarios que este daba en su modesto cuarto piso de la calle de Bonaparte, donde se discutían los más graves problemas y se derramaba á torrentes la sal sabrosísima del ingenio; Julio Ferry, cogió la ocasión por los cabellos, y expresando el disgusto público, estampó y divulgó un folleto con este título: «Cuentas fantásticas de Hausseman». Los franceses se pagan mucho del ingenio, aplauden sin tasa la gracia; y el librito tenía asegurado su éxito, desde el punto en que nació con aquel felicísimo retruécano por mote y por bandera. Los más legos en letras recuerdan la analogía, la relación del título de este libro: «Cuentas fantásticas de Hausseman,» con el título de otro libro literario célebre, con el título de: «Cuentos fantásticos de Hoffman.» Los maldicientes celebraron la gracia, los opositores movieron y removieron el folleto, la izquierda se decidió á llevar el asunto á la tribuna de ambos Cuerpos colegisladores, y poniendo el dedo en la llaga ó mostrar lo escandaloso de los gastos, lo increíble de los despilfarros. Mr. Hausseman estaba perdido; pero con Mr. Hausseman se perdía y se desacreditaba una de las mayores y más ilustres obras del segundo Imperio, uno de los más alabados y más brillantes títulos del tercer Napoleon.

Ya en el Senado se habían repetido las quejas, y el director de las grandes construcciones Mr. Hausseman se había alabado á sí mismo con una serenidad imperturbable, asegurando que hasta en materia de cuentas, la claridad del fin excusa y justifica lo turbio de los pro-

cedimientos, y lo embrollado de los números. Desde su banco de Senador había reconvenido ágríamente á los diputados del país, porque pedían la razón de obras que no les importaban, pues los departamentos no pasaban nada por la renovación de su capital; y á los ministros del tribunal de cuentas porque censuraban enormes ilegalidades cuando no es posible emprender ni realizar grandes cosas ateniéndose á las prácticas administrativas; y al Tribunal supremo de Justicia, porque en su culto al principio vulgar de las indemnizaciones, había sacrificado el interés público al interés de los particulares y el embellecimiento de París al gastado principio de la propiedad individual, volviéndose á todas partes para desafiar las injusticias con el plano de la nueva é inmensa ciudad, uno de los más espléndidos albergues que puede ofrecer á los hombres nuestro viejo planeta. Se oía en su palabra el eco de la palabra imperial, se adivinaba en su orgullo el orgullo del César. Así es que la oposición decidió entrar en aquella inexpugnable fortaleza y desalojarlo de allí también. El día 22 de Febrero de 1869, comenzó el asalto Garnier-Pages, midió la inmensidad de la sima donde había caído el crédito de la ciudad de París y las fatales consecuencias que tocaría esta generación y las venideras generaciones; Mr. Picard demostró los engaños, las habilidades, las escapatorias á que habían apelado los renovadores de la capital, para romper la malla de las leyes y burlar la tremenda responsabilidad reclamada por el Tribunal de Cuentas; Mr. Thiers dijo que los recursos de la ciudad se habían agotado, que la deuda había crecido, que los excedentes no existían, que la ruina se aproximaba á más andar, y que las edificaciones últimas eran de completa inutilidad; Mr. Pouyer Quartier puso de relieve todo lo gravoso de las operaciones financieras del prefecto de la ciudad, revelando que por intermediarios de pésimo origen y de dudoso carácter tomaba dinero al cinco, cuando las

ciudades de Francia, con ménos recursos y garantías, lo tomaban al cuatro; Mr. Gueroult agravó las revelaciones, enseñando elocuentemente que en tales términos había sido víctima París de la usura, y ganancioso su prestamista, que el crédito territorial no se había atrevido á presentar en sus memorias oficiales, sus accionistas el importe de sus fabulosas ganancias; inmensa serie de elocuentísimos discursos, todos nutridos de incontestables datos; reveladores todos de ignoradas noticias, encaminados todos á quitar su última hoja de laurel á las sienas profundamente heridas del Imperio, cuyas grandiosas obras, con sus operaciones oscuras, con sus empréstitos usurarios, con su violación de las leyes administrativas, con su menosprecio á la exactitud de las cuentas; elevando los consumos en cuatrocientos millones de reales, distrayendo cuatro mil millones de la caja municipal, y diez y seis mil de los ahorros particulares por el cebo de sus fabulosas ganancias próximas á convertirse en fabulosas quiebras, haciendo todo esto, y á última hora llegando á confesar la triste urgencia de pedir el crédito cerca de dos mil millones, aparecían ya á los ojos de todo el mundo, no como una grande gloria, sino como una grandísima y colosal estafa. El gobierno se aterró. El ministro de Estado, Mr. Rohuer, tomó toda suerte de precauciones para salir con alguna fortuna de aquel tristísimo paso: dejó que el ministro de la Gobernación se comprometiera defendiendo á ciegas toda la magna obra, y todos los magnos escándalos; pero él, vista la tristísima impresión causada en la Cámara por este inútil esfuerzo, tomó otros rumbos; confesó que se habían contraído empréstitos ilegales y hasta cierto punto fraudulentos; que se habían violado sacratísimos depósitos distrayéndolos de las fianzas para emplearlos en los gastos; que se había franqueado el infranqueable límite concedido á la deuda flotante, que se fraguaban presupuestos y se hacían desembolsos sin esperar las decisiones de los

B.

Cuerpos colegisladores, ni respetar la jurisdicción de los tribunales y del Consejo de Estado; que un establecimiento de crédito, puesto bajo la vigilancia del gobierno, había contribuido á la prodigalidad de los despilfarros con la largueza de los préstamos; pero que todo esto debía terminar y terminaría con una intervención más directa de la Cámara en el municipio, y profundas modificaciones en su contabilidad. El gobierno había salvado á su prefecto de una escandalosa censura, á su obra de un público anatema, á sus más celosos empleados de un proceso, á su política y á su administración de una derrota; pero cayendo á los piés de las oposiciones, y entregándose á su juicio sobre la obra capital de su genio y sobre el timbre mayor de su gloria. No le quedaba, pues, ningún recurso para vivir más que apelar á uno de estos dos extremos: á la libertad ó á la guerra.

Primero ensayó la libertad. El momento era oportunísimo; los tiempos estaban maduros para esta extraña transformación. La Asamblea había durado desde 1863 hasta 1869; seis años. Un día aspiró á entrar en ella el representante de la tradición parlamentaria y de las libertades restringidas, siempre imperfectas, pero en todo caso superiores á la arbitrariedad y á la dictadura del Imperio; aspiró á entrar en ella el ilustre anciano monseñor Thiers. Aunque Napoleon le había citado con expresivo encomio, copiando textualmente palabras suyas en uno de sus discursos de apertura de las Cámaras, en que le denominaba «nuestro gran historiador» al columbrar la posibilidad de su presencia en la Cámara, el terrible alcance de sus discursos llenos del sentido y del ingenio francés, hizo de su derrota en los comicios, de su ausencia del Parlamento, una cuestión de vida ó muerte para el Imperio. Planteado así el problema, aunque el partido republicano recibió de Thiers muchos agravios; aunque los más exaltados, faltos de criterio político y sobrados

25

de pasión, ó proponían ideas á las ideas imperiales, prevalecieron los consejos de la prudencia sobre los arrebatos del sentimiento, la razón sobre la memoria; y Thiers fué elegido con el activo concurso de la democracia francesa. Temblaba y temblaba con razón el Imperio. Los déspotas que aspiran á imbuir miedo á todo el mundo, á derramar miedo por todas partes, en el fondo de su alma son por tal extremo cobardes, que se asustan de sus menores enemigos, y hasta se asustan de sí mismos. ¿Cómo no asustaría al César la presencia en la Cámara de un orador tan formidable? Thiers aguardó á una coyuntura plausible, y en cuanto la encontró, con aquella facilidad maravillosa, con aquella sencillez griega, en su lenguaje fluido, con su intención profundísima, logró llevar el disentiendo al seno mismo de la mayoría que formaba casi la unanimidad de la Cámara, pidiendo las libertades que son nuestros derechos como el aire para nuestros pulmones; las libertades primeras, las libertades necesarias. Cuentan que en nuestra isla de Cuba donde el calor tropical engendra tantos vichos, hay por los campos una especie de animalejos, de insectillos denominados niguas, los cuales, metiéndose sigilosamente entre la piel y la carne por las uñas de los piés, los roen, los devoran, produciendo una incomodidad tan terrible y á veces una fiebre tan extrema é intensa que puede hasta dar la muerte. Pues las palabras de Thiers se habían deslizado por las plantas del Imperio á la manera que las niguas se deslizan por los piés de los pobres negros. Mr. Rohuer pronunció una de sus sonoras vulgares catilinarias contra el parlamentarismo; y Napoleón en persona desde las alturas de su trono, agrandadas sus palabras por el inmenso tornavoz del solio, creyó necesaria una respuesta, y en solemnísima ceremonia, al dar su birrete á uno de los cardenales á la sazón nombrados por Roma, se lamentó de la ceguera y de la impenitencia de esos hom-

bres, que «apenas escapados del reciente naufragio, vuelven á invocar los vientos y las olas, y á traer la antigua tempestad.» Mas allá para sus adentros se burlaba Thiers de estas aprensiones, sabiendo como sabía que el gérmen de una nueva política estaba ya depositado en el seno de la Cámara en la conciencia de la nación, y que este gérmen, á pesar de las maniobras ministeriales y de la rabia imperial, daría indefectiblemente sus frutos.

En efecto, la opinión liberal renacía y reclamaba la libertad. El hombre más sagaz entre los imperialistas, el hermano bastardo de Napoleón, el verdadero autor del golpe de Estado; Morny, epicúreo para quien el poder era un goce más, deseoso de prolongar este goce, y presintiendo cuanto podía turbarlo un renacimiento de la libertad, que no cupiese dentro del Imperio, trató con profética anticipación de formar el partido imperialista y liberal, capaz de responder á los cambios del espíritu público, y de aliar en prudente consorcio la agitación de los derechos políticos y el vigor y la fuerza de la autoridad y del gobierno. Para la obra de fundar un partido tenía grandes cualidades: inteligencia flexible, mirada escudriñadora, conversación amena, práctica de la sociedad, conocimiento de los hombres, seducciones y halagos casi femeniles, proteísmo político que le daba como un viso de todas las ideas y como una secreta inclinación á todos los partidos; falta de escrúpulos de conciencia y sobra de medios de corrupción, buenos para propinar morales envenenamientos. Este hombre puso los ojos en el más joven y en el más débil de los diputados de la izquierda, en Emilio Ollivier. Bien pronto conoció el flaco de tal diputado, la brecha por donde podía penetrar hasta su alma, la vanidad. Hijo de un austero y probado republicano antiguo; prefecto de Marsella á los veintitres años; con visos de demagogo más que con visos de conservador; acusado en la terrible guerra civil empeñada en

Junio de 1848 por los socialistas de inclinarse á la revolución; ardiente de convicciones y más ardiente todavía de palabras en su primera juventud; Ollivier formaba parte en la Cámara de los cinco primeros diputados que se opusieron al Imperio y proclamaron la República, siendo elegido como republicano para la Cámara, naciente en 1863, por la republicana ciudad de París. Mas notábase en sus palabras, y en su actitud que le disgustaba una larga oposición; que temía quedarse con el nombre de retórico opositor; que aspiraba ardientemente á emplear sus facultades de gobernante; que se resentía y se quejaba de la intransigencia en el carácter y del imperio en la voluntad de sus jefes y de sus colegas. Morny se insinuó por grados en su ánimo, presintiendo las inclinaciones naturales de su deseo: le alabó extremadamente los discursos; le hizo ver el sentido práctico que en ellos había; le abrió la perspectiva de fundar la libertad, de rejuvenecer el Imperio, de adquirir eterna gloria, de ponerse al frente de toda la juventud, con solo renunciar á la utopía de la imposible República, á la compañía del insolente Picard, y á la jefatura del imperioso Julio Favre. Mientras así obraba en el Cuerpo Legislativo no deseudaba las Tullerías. Allí decía que era necesario ocurrir á todos los peligros, precaver todas las dificultades, mirar la corriente de la opinión y de las ideas, saliéndole al paso á la nueva fase del espíritu público entrevista por los más adocenados astrónomos de la política, y fundando el partido imperial de la libertad para que pudiese perpetuar en la familia de los Césares el difícil gobierno de la movible Francia. Y á este fin aconsejaba seducir, halagar al ménos gastado de todos los representantes republicanos, al más joven, al único que había accesible á los halagos, y débil por su vanidad, á Emilio Ollivier que, haciendo solemne abjuración de la República, heriría de muerte á los republicanos, y llevaría á las venas un poco ataridas del Imperio la

sangre y el calor de la juventud. Fluido hasta llegar á la elocuencia; galano hasta llegar á la poesía; instruídísimo en materia política y en materia jurídica, aunque oliendo un tanto á pedantismo; no tan correcto, pero no tan soberbio como Julio Favre; no tan ingenioso, pero no tan mordaz como Ernesto Picard, según la feliz expresión de uno de sus biógrafos; con cierta reserva en la palabra, cierta mesura en la frase, cierta consideración á sus adversarios, que le daban autoridad incontestable sobre la Cámara ¡ah! parece imposible que luego tuviera tanta facilidad en adquirir peligrosos compromisos y tanta ligereza en cambiar de conducta política. La malignidad añade que después de haber sido el segundo en la oposición de los cinco durante varias legislaturas, no quiso en la Asamblea de 1863 descender de su rango, cuando los opositores habían crecido con la presencia de hombres como Thiers y Berryer, y abrazó la política que le señalaba Morny hasta ser jefe de la fracción liberal dentro del bonapartismo. Á ello le incitaba también su ilustre amigo Emilio Girardin, que echándose de hombre práctico, suele en todo tiempo proponer y apoyar las cosas más impracticables. La mayoría de la Asamblea le hizo redactor de las leyes sobre ligas y convenciones y huelgas de los trabajadores; el gobierno compondor de las diferencias entre la sociedad del canal de Suez y el virey de Egipto; la Emperatriz le convidó á sus comidas íntimas y á sus saraos de familia; muerto Morny de anemia, como de anemia se moría el Imperio, le tomó bajo su protección Walesky, también de la familia imperial, y con todos estos halagos, y con todos estos apoyos, se propuso llevar maniatada la robusta é indócil libertad hasta el lecho donde ya comenzaba la agonía del exhausto César. Las ideas de Emilio Ollivier, que las Tullerías tomaban como un filtro de rejuvenecimiento, eran como veneno corrosivo en las entrañas de la política napoleónica. Sin poder impedir ninguna de las faltas

de aquella política, la había arrastrado vertiginosamente á dejar alguna libertad al juicio severo y á la pública condenación de estas faltas. No había impedido ni la desastrosa expedición á Méjico, ni la funestas complacencias con Rusia en la cuestión de Oriente, ni la reivindicación impolítica y el abandono cóbarde del Luxemburgo, ni la complicidad con Bismark y la enemiga á Bismark, ni la teoría de las grandes aglomeraciones mantenida hoy para desecharla al día siguiente, ni el crimen de Mentana que lo divorció para siempre de sus aliados los italianos, ni la sombra espesa lanzada sobre las cuentas del Prefecto de París, y mientras las faltas y los errores se amontonaban de esa suerte, crecía la facilidad de criticarlos y de zaherirlos, la cual acababa lenta pero seguramente con el Imperio. Luego, aquella mayoría de cortesanos, aquella comparsa del César, más propia para asistir á las cenas de Locusta que á los discursos de Catón, se dividió fatalmente y una parte de ella fué á recoger y expresar las violentas y nobles aspiraciones á la libertad, enemiga irreconciliable del Imperio. Y todos estos organismos sociales mueren siempre más que por la fuerza de sus enemigos por la propia interior descomposición. Las ideas olivieristas eran como un virus más aumentado á los podridos humores del Cesarismo. Así es que, al terminarse en 1869 la Cámara de 1863, había organizado en ella un partido que se iba á presentar ante los nuevos comicios reclamando mayor amplitud para la prensa, mayor independencia para las reuniones, renuncia completa á las candidaturas oficiales, intervención inmediata del Cuerpo Legislativo en la discusión y votación de los tributos y en el exámen de los presupuestos; más iniciativa parlamentaria y por lo mismo ménos iniciativa imperial; responsabilidad de los ministros mezclada con la responsabilidad del Emperador; instrucción primaria universal; servicio militar obligatorio; reformas en la contribución de consumos; exten-

sión de las facultades de los consejos generales y de la autonomía de los ayuntamientos; al fin y al cabo, una revolución.

El Imperio no podía soportar todas estas ideas sin quebrarse como se quiebra una lámpara al calor excesivo de la luz que contiene. El Emperador lo comprendía así, y mientras con una mano aflojaba las riendas, con la otra amenazaba á todo aquel que quisiese perturbar el orden público. Con motivo del centenario del gran Emperador, decretó una pensión de mil reales anuales á cada uno de los militares aun existentes del primer Imperio y de la República; y con esta medida se libró de fiestas fácilmente degenerables en ruidosas y contrarias manifestaciones. Después pronunció en Chartres un discurso gravísimo. Recordó que, siendo presidente de la República, allí había llamado, aunque en vano, los partidos á la conciliación. Llamábalos de nuevo, y añadía que «los llamaba en nombre de la autoridad alcanzada por diez y siete años de fortuna indudable y de próspero gobierno;» torpe mezcla de halago y amenaza, de confianza y descorazonamiento. La oposición se burlaba de él, y le decía que la conciliación estrecha con el cesarismo, era imposible, y la amenaza de un nuevo golpe de Estado completamente vana, pues no se repiten ni estos fenómenos en la misma época, ni estas aventuras en el mismo reinado. Mucho más le favorecía la inhabilidad política de los rojos, que sustentaban la abstención, la renuncia al combate, á la virtud de la palabra, á la propaganda de la idea, á la protesta pública, al influjo en las decisiones del gobierno y en la publicación de las leyes; el misticismo político, el silencio, el sueño, la inercia, el suicidio. Pero Francia no escuchaba estos consejos de una desesperación infundada; y en las agitadas contiendas de la prensa, en los guerreros alardes de los clubs; en los atrevidos programas de los diputados; en las ardientes controversias de las reuniones electorales; en el debate público de los

principios, en las evocaciones de la historia, en la designación de candidatos, así como impulsaba grandemente á la democracia republicana al cumplimiento de sus destinos, prometía, juraba con el odio de Aníbal sobre el ara de los dioses de Cartago no descansar un punto hasta ver tendido y destrozado á

sus plantas el funesto Imperio. La agitación era universal; la crisis profunda. De esta agitación solo podía resultar nuevas crisis; de estas crisis nuevas dificultades; de estas dificultades una catástrofe: que jamás se han violado sin recibir el condigno castigo las eternas leyes del derecho.